

DISCURSO DE CLAUSURA

S.E.R. Mons. Dr. Antonio Sozzo
Nuncio Apostólico en Costa Rica

Saludo a todos y a todas y agradezco esta invitación. No tengo la pretensión de decir cosas grandes, cosas profundas y cosas nuevas; sino solamente unas consideraciones que personalmente considero muy importantes.

En este Congreso sobre la Educación, el concepto de educación a la luz del pensamiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, me preguntaba, en los momentos de tranquilidad, qué base tiene este concepto de educación, qué quiere decir. Ustedes lo saben mejor que yo porque son educadores, pensadores, filósofos, periodistas, juristas. Sin embargo, pienso que la novedad del Beato Josemaría es algo muy antiguo, es la antigua novedad del Evangelio.

El Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, acaba de publicar un nuevo libro que tiene por título *Para servir a la Iglesia*. Y pensaba que esto, la exigencia de servir a la Iglesia, es lo que late en el espíritu del Opus Dei, un afán hondo de servir a la Iglesia como Ella quiere ser servida. ¿Cómo quiere ser servida? De una manera nueva y vieja a la vez: siendo fieles a Cristo y a su Evangelio.

El Beato Josemaría, ya desde muy joven, tuvo muy clara esta idea: Cristo llama a todos para salvarnos, para santificarnos, para formar parte de una sola familia, de un sólo cuerpo, siendo Él la cabeza de este cuerpo; ha llamado a todos sin distinción, —clérigos y laicos—, todos somos igualmente llamados a la santidad. Cristo nos ha constituido a todos sacerdotes: los laicos, a través de la gracia recibida en el Bautismo y en la Confirmación, tienen que desarrollar su vida de fe, de esperanza y de caridad según el Espíritu de Dios. Además, el Señor llama a algunos al sacerdocio ministerial, que es parte del único sacerdocio de Cristo, y que es distinto del sacerdocio común, y a los que llama los pone al servicio del sacerdocio común de todos, al servicio del desarrollo de la vida de fe, de esperanza y de caridad.

Esta concepción vieja, que había quedado como adormecida como si la santidad fuera algo propio de los clérigos o de los religiosos, ha sido el signo distintivo del Beato Josemaría, y no hubiera sido posible si el Beato no hubiera sido sacerdote, y sacerdote según la visión de Cristo y de la Iglesia, consciente de que tenía que poner en práctica los tres *munera* del sacerdocio: el *munus docendi* y aquí viene la enseñanza: id y predicad al mundo entero, *euntes docete*; el *munus liturgicum* o el *munus* de santificación y el *munus regendi*, de gobernar. Él lo ha tomado en serio, muy en serio; ha creído, ha respondido a Cristo y, de esta respuesta, ha sido capaz, por gracia de Cristo, de dar un significado

profundo a toda su vida; ha sido capaz de ser un verdadero pedagogo a la manera de Cristo, sabiendo que no tenía algo propio sino algo que debía transmitir: era la palabra de Dios, la palabra eterna de Dios que tenía que dar a los demás.

Se había ido preparando para hacer lo que Dios le pidió y se había exigido mucho. Sabía muy bien que nadie puede dar lo que no tiene y –seguramente leyó a San Gregorio Nacianceno– sabía que nadie puede purificar si antes no se purifica, que nadie puede enseñar si antes no aprende, que nadie puede guiar de la mano a los demás hacia Dios si antes no se acerca a Dios, que nadie puede enseñar la verdad si antes no la conoce.

El sentido de educación, de cultura, que el Beato Josemaría tenía y transparentó en todos sus escritos no es a la manera de los estoicos ni de los cátaros, sino a la manera de Cristo, consciente de su debilidad y consciente también de la fuerza que no proviene de uno mismo, sino de Aquél que lo ha llamado y que le dice: enseña a todo el mundo. Y el Beato se apuesta totalmente a esta tarea, se da totalmente y toda la preparación cultural y humana no la dirige a la autocomplacencia del conocimiento, sino al servicio de lo que Dios le pide, para ir más allá, para conocerse más, conociendo las cosas, para situarse frente a los demás porque se ha situado frente a Dios que es la fuente de todo conocimiento.

El Beato Josemaría ha podido iluminar porque tenía dentro de sí la luz y esta luz no venía de él mismo sino venía de la oración, del sacrificio, de la vida de generosidad, de la total donación viviendo su sacerdocio, marcado con un amor profundo a los demás sacerdotes, y amando a los laicos profundamente, sabiendo que los laicos tenían y tienen un papel de primordial importancia en la vida de la Iglesia en cuanto son parte de un único sacerdocio, porque todos estamos llamados a la santificación, y dentro de la Iglesia, todos tenemos carismas y dones diferentes, que Dios da para enriquecer a la humanidad, para que crezca el pueblo de Dios.

No hablo solamente de la Iglesia en un sentido restringido, sino en un sentido amplio, de toda la humanidad llamada al conocimiento de Dios y a la salvación. Porque viviendo profundamente el misterio de Dios en nuestra vida es como nosotros nos hacemos más humanos, nos humanizamos. La cultura cristiana tiene como fin propio esto: afinar nuestro espíritu, afinar nuestros sentimientos, ayudarnos a encontrar y aceptar nuestras limitaciones para que nadie caiga en el orgullo del conocimiento, sabiendo que es mucho más lo que ignoramos que lo que conocemos y que el conocimiento sirve para enriquecer nuestro espíritu, para afinarnos espiritualmente y llevarnos a un conocimiento no egoísta de Dios, sino a un conocimiento compartido de Dios, como causa primera y causa última de nuestra vida.

Hasta cierto punto, para cada persona la cultura se acaba. Se acaba por la muerte natural. Entonces lo que sigue viviendo es la cultura que nos ha dejado este hombre, este sacerdote santo, el Beato Josemaría. Si no hubiera sido sacerdote, con esta visión de Iglesia y del cristianismo, seguramente no estaríamos aquí. Su cultura sigue, sigue hoy y seguirá mañana, y dentro de cien años, y hasta que se acabe el mundo, porque no era una cultura egoísta, una cultura que se complacía en ella misma, sino una cultura *de paso, de trámite*, un medio para conocerse a sí mismo, conociendo mejor a Dios, amando a los demás, poniéndose al servicio real de todos los hombres: es decir, la antigua novedad del Evangelio.

Se puede pensar ¿y nada más? Yo diría: ¡Y le parece poco! Porque la característica de los santos, de los grandes santos, no es inventar cosas, porque la gente está hambrienta

de conocimiento verdadero, hambrienta de lo que decía San Agustín: que el alma no puede descansar hasta que no está en Él. El alma tiene sed de Dios, aunque alguno diga: “no creo, soy ateo”; en un pequeño rincón del corazón lleva siempre la añoranza de un Dios desconocido. Esto es exactamente lo que se ha preocupado de hacer el Beato Josemaría, buscar a todos, no sólo a nosotros: a todos, educar a todos, hacer conocer a todos y darnos a todos nosotros la conciencia de que tenemos que multiplicarnos, somos multiplicadores, somos amplificadores, no de nuestras cosas sino de las cosas de Dios.

San Ignacio de Antioquía decía que los obispos y los sacerdotes son imagen de Dios Padre. Realmente el Beato Josemaría ha sido de verdad una imagen del Padre, porque con paciencia, con amor, con compasión, iba con mucha sencillez, hablando a las personas de la Obra y a todas las gentes, y hablaba con un cariño y una humildad muy grande; no olvidemos nunca esto, con una humildad muy grande.

El riesgo para muchos es querer espiritualizarlo todo. Es verdad que seremos divinos si somos humanos, hasta con nuestros defectos. Tenemos que luchar para liberarnos de nuestros defectos, pero los defectos son gracias de Dios para que ninguno se enorgullezca de sí mismo. Lo dijo Juan Pablo I en una homilía, de las poquísimas que pronunció: Dios permite que hasta cometamos pecados mortales, para que seamos humildes, porque Dios ama a los humildes. Esto nos enseña también el Beato Josemaría y nosotros no lo podemos olvidar porque nos lleva –como pedagogos que tenemos que ser todos, no sólo los sacerdotes– a comprender mejor a los demás, a acercarnos con espíritu de humildad. Con soberbia no transmitiremos nunca nada, ni un valor, sino un anti-valor; pondríamos barreras a nuestra tarea de ser nexos, puntos de unión, medio.

No quiero cansarlos más con mis pobres palabras, estoy muy consciente de esto; sino decirles que el Beato Josemaría es un gran don que Dios nos ha dado. Cuando los historiadores escriban la historia del siglo XX y hablen del stalinismo, del nazismo, de la bomba atómica, de todas las miserias que hemos sido capaces de producir, y digan que ha sido un siglo funesto, negro, habrá unos que dirán algo más, por contraste, porque el siglo XX ha producido también otras personas, y entre éstas, no muchas desafortunadamente, entre estas otras personas, está nuestro Beato Josemaría. Esto rescatará en parte la tragedia producida por otros hombres; la figura del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer resultará un faro en el siglo XX, un hombre de Dios, por ser hombre de la Iglesia, porque es hombre de la humanidad, un hombre de un gran afán hacia toda la comunidad humana, porque había descubierto una cosa muy grande, había descubierto la luz, la luz que no era suya, la luz que era Dios a través de Cristo, la luz que poseía, porque estaba totalmente poseído por esta luz y por esto será uno de los Padres principales del siglo XX.

Agradecemos a Dios este gran don que ha hecho a la Iglesia y al mundo y a todos nosotros, con la tarea de seguir fielmente sus enseñanzas, sabiendo que somos débiles pero somos también portadores de una gran fuerza, la fuerza de Cristo, que ha querido que cada uno de nosotros –que somos parte de la única familia, la familia de Dios, sin excluir a nadie de ninguna religión, raza, color, etnia–, todos estamos llamados al pleno conocimiento de Dios que empieza aquí y que termina cuando lo veamos cara a cara. Muchas gracias.